

el orgullo, el regocijo que todos sentimos cuando, procedentes de diversos países y en diferentes momentos, nos alistamos en las Brigadas Internacionales, precisamente en la Plaza de Toros de Albacete. Mi corazón está pletórico cuando recuerdo la emoción que sentí al recibir mi carné como miembro de esta organización (que todavía atesoro entre otros tantos recuerdos de la que considero que fue "nuestra" guerra).

En 1936 mis conocimientos sobre España eran escasos; una ignorancia, me temo, compartida por la mayoría de mis compatriotas. Sin embargo, los sucesos de aquel mes de julio revelaron y nos hicieron comprender la brutal realidad: la de un fascismo manifiesto y el pueblo español luchando con valor pero con muy poca ayuda exterior.

Aquí en Gran Bretaña la sublevación franquista significó cosas diferentes para el gobierno y para el pueblo. Históricamente se sabe que el gobierno británico fue responsable de adoptar una política infame de no intervención. Se recurrió a esta estrategia descaradamente para asegurar por una parte que se le negaba al gobierno legal y democráticamente elegido las armas que necesitaba desesperadamente mientras que se hacía caso omiso a la ayuda masiva que Franco estaba recibiendo de Alemania e Italia.

Pero no nos condenéis a todos. Aunque incapaces de cambiar el gobierno o su política, los trabajadores británicos mostraron sus simpatías. Hicieron mucho por ayudar a la causa republicana y al pueblo español. Considero que éste no es el momento de dar una relación de la ayuda prestada, pero sí me gustaría mencionar que fueron 2.500 los británicos que lucharon en las Brigadas Internacionales, de los cuales 500 murieron.

Llegó un momento en que comprendí que esta situación no me satisfacía personalmente. Y fueron tanto la razón como el corazón los que me movieron a marchar a España. Muchos voluntarios ya habían cruzado los Pirineos para luchar codo con codo con sus comaradas españoles y ayudar a defender Madrid. La razón me decía que debía ir sin que importara lo modesto de mi contribución. La emoción me acabó de decidir al ver en nuestros periódicos nacionales las fotos de la toma de Badajoz por las fuerzas armadas fascistas y las de las filas de prisioneros republicanos que eran llevados para una ejecución inmediata. Hice los contactos adecuados en Londres y me dirigí a España y a las Brigadas Internacionales.

¡Tuve suerte! Ni yo ni mis doce compañeros de viaje tuvimos que cruzar a pie los Pirineos. Atravesamos Francia en tren hasta Sete, después fuimos en barco a Palamós en el noreste de España. Nuestra mayor dificultad fue el mareo que nos produjo el viajar en un barco pesquero pequeño que apestaba tremendamente. Tuvimos que pasar gran parte de las 18 horas que duraba el viaje encerrados en la bodega, ¡afortunadamente desprovista de pescado en aquellos momentos!

Estoy convencido de que algunos de nosotros esperábamos entrar en acción inmediatamente cuando aterrizamos en Palamós. Por el contrario nos presentaron a gente española muy amable y amistosa. Pasamos una noche en un estupendo hotel